

te las costumbres : lléguese á las aras del Altísimo con lágrimas de verdadera compuncion : preceda á nuestras oraciones la observancia puntual de los divinos preceptos; y entonces se verá que nuestras novenas son fructuosas, nuestras oraciones eficaces, y nos apartaremos del santuario llenos de consolacion con los favores del cielo. Así lo esperiméntó el pueblo de Israel cuando le amenazaba una total ruina por el número y superiores fuerzas de sus enemigos; y así lo esperiméntó también España en tiempos mas felices, cuando al valor del corazón y á la fuerza de las armas acompañaban la pureza de las costumbres, una fe viva, y una esperanza firme en la divina misericordia. Dios es inmutable, su ley es la misma; las efusiones de su bondad están siempre prontas: nada hay que pueda retardar el alivio de nuestras miserias, sino nosotros mismos. Seamos, pues, lo que debemos ser, y no dudemos que los santos serán nuestros protectores, y si fuese menester repetirá el cielo sus milagros para librarnos de las enfermedades, de las calumnias, del deshonor; en una palabra, de todos nuestros trabajos y de todos nuestros enemigos.

El Evangelio es del capítulo 20 de S. Mateo, y el mismo que el día vi, folio 118.

MEDITACION.

Sobre la ingratitud.

PUNTO PRIMERO. — Considera que entre los vicios humanos, apenas hay alguno que nos aparte tanto de Dios como la ingratitud que manifestamos á los beneficios que nos hace su divina bondad, ya inmediatamente por sí mismo, ya por medio de sus elegidos.

El gran padre S. Agustín (*cap. 18. Sol.*) asegura que *este vicio es la raíz de todos los males espirituales, y un viento abrasador que deseca todo bien, y cierra á los hombres la fuente de la divina misericordia.* Dicho esto, apenas hay que añadir una palabra á una sentencia tan terrible de un padre de la Iglesia. De ella se infiere cuanto nos aparta la ingratitud de nuestro Dios y Señor, cuando nos cierra la fuente de las divinas piedades. Pero esto es un justo castigo del corazón ingrato, porque no merece menos el desprecio de Dios y de sus beneficios. El olvidar estos, el negarlos, ó no dar continuamente las gracias debidas por ellos, denota en nuestra alma desamor á nues-

tro Criador, y que hacemos poco caso de sus castigos, ó de sus misericordias. El corazón humano es de tal naturaleza, que difícilmente puede simular sus verdaderos afectos. Trata con complacencia las cosas pertenecientes á aquellas personas que ama, se deleita con su memoria, y halla mucho gusto y regocijo en tratar de sus gracias en todas las conversaciones. Por el contrario, odiamos el nombre y la memoria de aquellos que aborrecemos, y encontraríamos satisfaccion en que se borrara del mundo cuanto les hace recomendables. Así como el amor produce amor, de la misma manera el desprecio y odio produce envidia, envidia y horror: de consiguiente, siendo desconocidos para con nuestro Dios, hacemos á este Señor que lo sea con nosotros, y violentamos en cierta manera su bondad para que nos aborrezca. A esto se llega, que con nuestras ingratitudes frustramos los intentos de Dios cuando nos favorece con beneficios; porque no pudiendo ser estos otros que provocarlos á tributarle alabanzas, puesto que ni necesita de nuestros bienes, ni puede tener temor de necesitarlos en lo futuro, resta únicamente el pretender nuestro bien y santificacion, y que ensalcemos su gloria.

No es solo el odio de Dios el que forma la justa pena de nuestra ingratitud, sino que por ella, como que se nos cierra la puerta para poder salir de nuestra miseria. Por la ingratitud nos constituimos indignos de que Dios continúe con nosotros sus acostumbradas gracias, y de consiguiente que perdamos el único asilo que tiene nuestra miseria para levantarse del cieno de sus deslices. Porque, ¿como es creíble que emplee Dios sus beneficios en aquel que los desprecia, y que abusa de ellos para volverse contra el mismo Dios? Por ventura, ¿seremos tan insensatos que queramos hacer á este Señor de peor condicion que á cualquier hombre? ¿No vemos en estos dolerse sumamente de la ingratitud, y apartar sus beneficios de aquellas personas en quienes no encuentran correspondencia? ¿Pues qué mucho que nuestro Dios tenga con nosotros la misma conducta, siendo tan superiores las razones que nos obligan á serle agradecidos, y las que deben mover su justicia á tratarnos con desprecio, y castigarnos como ingratos? Y verificado esto, di, hombre cristiano, ¿en qué puedes colocar tus esperanzas? ¿qué recursos te quedan para enmendar tu vida, para mejorar tus costumbres, para salir de tus miserias, para precaver los peligros, para salvarte de las enfermedades, para verte libre, en fin, de la infinita multitud de calamidades y miserias que oprimen esta vida? El Espíritu Santo dice en los Proverbios (*cap. 7.*): *Que aquel que vuelve males por bienes, experimentará siempre en su casa el dolor y la miseria.* Lo mismo debes esperar tú, respecto de tu

alma, si olvidando el beneficio de la creacion; la misericordia de Dios con que te conserva una vida que jempleas en sus ofensas; el haberte redimido, dejándote el precio de su sangre en otras tantas medicinas para tus dolencias, cuantos son los sacramentos; y últimamente, si despreciando la proteccion de María santísima y de los santos, y la custodia de los espíritus angélicos, no solamente no le das gracias, sino que en todas tus obras te manifiestas ingrato.

PUNTO SEGUNDO. — Considera los poderosos motivos que tienes para ser agradecido á Dios y á sus santos; para que trayendo siempre tu alma empleada en consideracion tan fructuosa, te libre de los males de la ingratitude.

El real profeta David, reconocido á los muchos beneficios que habia recibido de la generosa mano del Dios de Israel, ya ensalzándole al trono desde el humilde cayado, y ya dándole victoria de sus enemigos, y dolor de sus escesos, exclamaba lleno de gratitud (*Psalm. 33.*): *En todo tiempo, á toda hora bendeciré al Señor, y siempre sin intermision estarán en mi boca sus divinas alabanzas.* Sabia muy bien el santo Profeta que es corto el tiempo de esta vida mortal para dar á Dios las debidas señales de gratitud que exigen sus beneficios. ¿Qué tienes en lo natural que no lo hayas recibido de su piadosa mano? La salud, el ser, y la existencia; la conservacion maravillosa entre los infinitos peligros á que está espuesta la infancia, la honestidad de tu nacimiento, el carácter de tus padres, los bienes de fortuna con que te sustentas sobre la tierra, los frutos copiosos que logran tus trabajos á los tiempos oportunos, la misma tierra que te sustenta, el aire que fomenta la vida, y la luz del sol que te alegra y regocija; son unos bienes tan palpables, que cada uno de por sí merece todo el reconocimiento de tu corazon. ¿Pues qué, si se consideran los bienes del espíritu? ¿no pudieras haber nacido en tierra de bárbaros, ó de gentiles idolatras, en donde nunca hubieras conocido el verdadero Ser supremo, que crió de la nada todas las cosas, y las conserva con admirable providencia? Y dado que has nacido en tierra de cristianos; ¿fué obra tuya la regeneracion del bautismo, la constitucion de la Iglesia, la piedad y zelo de sus ministros, que han estado siempre prontos á mirar por tu salud, ya dándote una doctrina segura con que llegues á conocer los dogmas de una religion sacrosanta, inmaculada y pura, ya escitándote al cumplimiento de sus preceptos, y ya finalmente ofreciéndote las espirituales medicinas que tiene la Iglesia para librarte de las

enfermedades, y aun para darte nuevamente vida en caso de que tu alma la haya perdido por la culpa?

Si á todo esto se añade la continua efusion de auxilios y de gracias con que el Espiritu Santo te aparta continuamente del mal, y te inclina al bien, se hace preciso sacar por consecuencia, respecto de la gratitud, el mismo modo de sentir que tenia S. Pablo respecto de la caridad: que es decir, que aunque todos tus miembros se conviertan en lenguas, que estén continuamente cantando á Dios alabanzas; aunque tu cuerpo y tu alma, tus sentidos, tus potencias, y todos tus afectos entrasen en un horno encendido, y ardiesen en fuego de gratitud, todo ello no bastaria para llegar á cubrir la obligacion que tienes de ser á Dios agradecido. Pero este Señor no exige de nosotros tanto. No necesita de nuestros bienes; y seria tan santo, tan omnipotente, tan bueno y tan feliz sin habernos criado, ó destinándonos para siempre á los fuegos eternos en pena de nuestras culpas, como siéndole perfectamente agradecidos, y cumpliendo exactamente todos sus preceptos. Así que el beneficio es para nosotros mismos, y este le podemos conseguir á muy poca costa. Solo exige de nosotros la sumision, el reconocimiento, y un tributo de bendicion y alabanza en señal de nuestro agradecimiento. Sus beneficios no pueden ser pagados con otros beneficios; porque, ¿quién es aquel, se dice en la sagrada Escritura, que hizo á Dios alguna dádiva, y le será galardonada? Pero para tu inteligencia no te olvides de lo que dice Jesucristo en el Evangelio, conviene á saber: *Todo lo que hacéis con cualquiera de los mas minimo de mis pobres y necesitados, tened entendido que lo ejecutais conmigo.* Segun esta sentencia, aunque no podamos manifestar nuestra gratitud á Dios, haciéndole beneficios en su misma persona, podemos pagarle haciendo estos mismos beneficios á los que le representan, que son los pobres.

JACULATORIAS. — ¿Qué daré al Señor en agradecimiento de tantos beneficios como he recibido de su misericordiosa mano? (*Psalm. 115.*)

Sed agradecidos; y el modo es perseverar continuamente en la oracion, velando en ella, y dando á Dios gracias por los beneficios que habeis recibido de su misericordia. (*Ad Colos. cap. 3.*)

PROPOSITOS.

1 Entre todos los vicios y deslices de que se queja Dios en las sagradas Escrituras de su pueblo, no hay ninguno que saque de

su corazón quejas tan sentidas y amargas como la ingratitud. *¿Es esto, se dice en el Deuteronomio (cap. 32), lo que vuelves á tu Dios? ¿O pueblo estulto y necio! ¿Por ventura no es Dios tu Padre, que te poseyó, te hizo, y te crió?* El Verbo divino encarnado, que vino á este mundo para padecer y morir afrentosamente, manifestó siempre una suma conformidad con los tormentos excesivos que le hizo padecer la perfidia judaica, sin que se oyese de su boca la más leve espresion que tuviese visos de queja. Solamente cuando recibió la bofetada de aquel ingrato ministro, á quien poco antes habia hecho un beneficio señalado, no pudo contener la severidad de su justicia sin echarle en rostro su ingratitud, y acusarle de la enormidad de su delito. Los castigos que ha ejecutado Dios con los ingratos, y el modo con que ha manifestado su indignacion, prueban igualmente lo horrendo y abominable de este vicio. Bien sabido es el castigo de Amasías, rey de Israel. Habiale Dios hecho el beneficio de vencer á los idumeos y otros muchos y poderosos enemigos; y en lugar de dar á Dios las debidas gracias, adoró á los ídolos, y los llevó á Jerusalem. Por tanto, irritado Dios, le envió un profeta que le dijese de su parte estas palabras: *¿Es este el agradecimiento con que pagas á Dios el haberte ayudado contra tus enemigos? Sabe que el Señor ha decretado tu muerte, que vengas cautivo á las manos de tus contrarios, y que estos ejecuten en tu persona una justa venganza.*

2 Todo esto, cuanto queda dicho en las meditaciones, y muchas otras sentencias que se pudieran traer de la Escritura y de los Padres, prueban claramente que la ingratitud es el más feo de todos los vicios, y que no hay monstruo tan horroroso como un ingrato. La festividad que celebra en este día la Iglesia de España, acuerda á todos los españoles en comun, y á cada uno en particular, uno de los más grandes beneficios que ha recibido España, y en esto mismo la acuerda la obligacion que tiene de mostrarse agradecida, primeramente á Dios, y despues al apóstol Santiago, por cuya intercesion logramos un tan grande beneficio. Singularmente las mujeres, y entre estas las doncellas, deben considerarse como particularmente protegidas, trasladándose con la imaginacion á los pasados siglos, y constituyéndose en el lugar de aquellas infelices que tenian que servir de tributo á la brutalidad sarracena. Esta consideracion escitará en ellas la firme resolucion de pagar á Dios y al apóstol Santiago la deuda con la modestia de sus trajes, con la honestidad de sus acciones, con la pureza de sus costumbres, y con una vida en fin arreglada en todo á las máximas del Evangelio. De otro modo

llevan sobre sí la execracion que produce la ingratitud á los soberanos beneficios.

DIA XXIV.

MARTIROLOGIO.

EL TRIUNFO DE SAN MANAHEN, hermano de leche de Herodes tetrarca; doctor y profeta de la ley de gracia, y nuevo Testamento; murió y fue sepultado en Antioquia.

SANTA JUANA, mujer de Cuza, mayordomo de Herodes, de la cual hace mencion S. Lucas evangelista.

EL TRÁNSITO DE SAN VICENTE MÁRTIR, en el puerto Romano.

SANTA AFRA, en Bressa, martirizada en tiempo del emperador Adriano.

LOS SANTOS MÁRTIRES DONACIANO Y ROGACIANO, hermanos, en Nantes en la Bretaña menor; los cuales en tiempo del emperador Diocleciano despues de haber sido presos por confesar constantemente la fe católica, y atormentados en el caballete y descarnados, fueron atravesados con una lanza; y últimamente degollados.

LOS SANTOS MÁRTIRES ZOELO, SERVILIO, FELIX, SILVANO Y DIOCLES, en Istria.

LOS SANTOS MÁRTIRES MELACIO, general del ejército, y sus compañeros, en número de doscientos cincuenta y dos, en el mismo día, los cuales atormentados de varias maneras alcanzaron la palma del martirio.

LAS SANTAS MÁRTIRES SUSANA, MARCIANA Y PALADIA, mujeres de los dichos soldados, las cuales fueron machacadas con sus hijos chiquitos.

SAN ROBUSTIANO, mártir, en Milan. (De este santo mártir solo se sabe que derramó su sangre por negarse constantemente á adorar los ídolos durante los primeros años de la persecucion de Diocleciano.)

EL BEATO JUAN DE PRADO, del orden de Menores reformados descalzos, en Marruecos en el Africa, el cual predicando el Evangelio, despues de haber sufrido por Jesucristo cadenas, cárceles, azotes y otros muchos tormentos, últimamente consumó el martirio en medio de las llamas. (Fue natural del reino de Leon en España, habiendo sido enviado á Marruecos por autoridad de la Congregacion de *Propaganda Fide* á predicar la fe en aquel reino y en el de Fez. Benedicto XIII lo beatifico en 1728.)

SAN VICENTE, presbitero, en el monasterio de Lerins, ilustre en santidad y doctrina.

LA TRASLACION DE SANTO DOMINGO, confesor, en Bolonia, en tiempo del papa Gregorio IX.